



Joan Jiménez y su madre, Margarita, en su vivienda de Pontons, donde llegaron a acumular más de cien perros. / GIANLUCA BATTISTA

¿Quién ayuda a Noé?

Un trastorno lleva a decenas de personas a acumular animales en casa en pésimas condiciones ● En Cataluña se atienden seis casos al año por falta de medios

STEFANIA GOZZER
Barcelona

Un trayecto en coche marcó al equipo de la cátedra Fundación Affinity, dedicada a mejorar la convivencia con los animales. Fue hace cuatro años, cuando una llamada telefónica les llevó a un pequeño pueblo en la frontera entre Barcelona y Girona. Allí, entre árboles altos y delgados, una casa guardaba celosamente un secreto: 150 perros desnutridos y enfermos, a cargo de un matrimonio que buscaba cada día nuevos animales. Los tenían en condiciones lamentables. La etóloga Paula Calvo recuerda que seleccionó a diez de entre los más graves y los metió en su vehículo. Dos fallecieron de camino al veterinario. Los suficientes para que los investigadores decidieran estudiar el síndrome de Noé.

Sobre el trastorno psiquiátrico por acumulación de animales se sabe poco más de lo que dice su nombre. No fue reconocido como tal hasta 2013, por la Asociación Americana de Psiquiatría. En español, la cultura popular lo asocia al personaje bíblico. El grupo de Calvo, que reúne a científicos del Hospital del Mar de Investigaciones Médicas y de la Universidad Autónoma de Barcelona, ha publicado en la revista *Animal Welfare* el primer estudio en España y uno de los primeros en Europa sobre este trastorno.

Jaume Fatjó, director de la Cátedra, explica que, además de acumular animales, se necesitan otras dos condiciones para diagnosticarlo: que la persona no pueda garantizar el bienestar de sus mascotas y que niegue las evidencias de su negligencia. Ha estudiado 24 casos en toda España —27 personas y 1.218 perros y gatos— atendidos por la Asociación Nacio-

nal de Amigos de los Animales entre 2002 y 2011. Los resultados apuntan a ancianos aislados socialmente como principales afectados. Se decantan por una especie —la favorita, la canina—, de la que acumulan una media de 50 ejemplares.

En Pontons, basta con preguntar por “el de la tele” para que alguno de sus 500 habitantes indique cómo llegar donde Joan Jiménez. El fontanero, de 54 años, pidió ayuda para sus 100 perros hace un año en un telediario. Había sido inhabilitado para tener animales. Las imágenes mostraban una vivienda a medio construir con decenas de canes ladrando.

Una protectora realojó a unos 80 y, ahora, Jiménez asegura tener unos 30. Su madre, Margarita Sans, de 80 años, recuerda cuando solo tenían un dóberman: “Vivíamos en Barcelona y veníamos

los fines de semana. Cuidábamos perros abandonados mientras estábamos aquí”. Al enviudar, ella y su hijo se mudaron a Pontons y empezaron a acogerlos de forma permanente. La protectora dice que llegaron a tener 160. Jiménez lo niega, aunque admite que “se le fue la pinza”.

“Reconozco que debí usar el dinero para arreglar la casa o curarlos en vez de recoger más. Pero, ahora, necesito ayuda para habilitar un núcleo zoológico, no que me pisoteen”, lamenta. Le ha molestado que un programa de televisión use las imágenes de sus perros para ilustrar un debate sobre el síndrome de Noé. “Dicen que estoy loco... ¡Y a mí no me ha diagnosticado nada ningún médico! Si estoy enfermo, que me lo digan, que soy el primer interesado en curarme. Solo he recogido la mierda que dejaban otros en la calle y

la he metido en casa. Me he sacrificado”.

El Departamento de Agricultura asegura que, en Cataluña, atienden unos seis casos al año. Joan Toran, su responsable de fauna doméstica, afirma que la cifra de avisos es mayor: “Pero para incautarnos de animales los municipios han de buscar un sitio de acogida. Y a algunos no les hace gracia”. Recuerda casos como el de un hombre que tenía más de 30 ovejas en un piso en Barcelona. O el de un octogenario que compró un palacete para criar a 170 animales. “Tenía dinero para cuidarlos. Pero no eran sociables. Unos vivían escondidos porque si salían, los otros los mataban”.

Calvo explica que no existe tratamiento y sospecha que el origen es un trauma infantil: “El detonante es una crisis como perder el empleo o a algún ser querido. Buscan apoyo en los animales, pero sin control”. Ahora, necesitan que los afectados colaboren para definir el perfil. “No es fácil. El último sacó una escopeta”.

Toran advierte de que es importante que no se les vea “como héroes” por recoger animales. Recuerda la intervención en el hogar de Jiménez: “Mi equipo tuvo que ponerse un mono protector. Las condiciones higiénicas eran muy malas”.

La vivienda de Pontons está rodeada de vallas para que los perros no escapen. Lo que sí se escabulle es un hedor que no parece molestar a los dueños. La madre admite que el inmueble está siempre sucio. Se pasa el día limpiando y esparciendo “sulfato” para matar pulgas y garrapatas. Recuerda con pesar cuando se llevaron a esos 80: rompió en lágrimas. “Por la impotencia. ¿Qué mal podemos hacer? Vivimos en la montaña”.

Reincidentes al 100%

S. G., Barcelona

El Ayuntamiento de Barcelona prepara un protocolo para casos de trastorno por acumulación de animales que espera tener operativo a principios de 2015. El objetivo es detectarlos de forma precoz y atender a los afectados. En la actualidad, solo se retiran los animales y no se trata a las personas. La tasa de reincidencia es del 100%, según Jaume Fatjó, coordinador de la comisión. La Asociación Nacional de Amigos de los Animales (ANAA) sigue casos de gente que ha sido inhabilitada en una comunidad autónoma y se ha mudado a otra

para continuar criando animales.

La Oficina de Protección de los Animales de Barcelona (OPAB) ha atendido ocho casos desde el verano de 2012, en los que se recuperaron 130 animales. De ellos, seis eran acaparadores de perros y dos, de gatos. La Guardia Urbana, servicios sociales, los centros de acogida del Consistorio, la Universidad Autónoma de Barcelona, los Agentes Rurales, la Fundación para el Asesoramiento y Acción en Defensa de los Animales (Faada) y la Cátedra Fundación Affinity colaboran en el desarrollo del protocolo.